

**JESÚS DE NAZARET:
ENTRE LA CRÍTICA HISTÓRICA Y LA CONFESIÓN CRISTIANA.
EL PROBLEMA Y SU SENTIDO**

INTRODUCCIÓN

La historia humana ha ido siendo configurada lentamente por los procesos físicos, los movimientos sociales, los descubrimientos científicos y a la vez por la presencia y acción de personalidades que conmovieron las conciencias, provocaron la libertad y así aceleraron la historia, haciéndola avanzar hacia adelante en un sentido (eso es la civilización) y hacia arriba en otro (eso es la cultura). Podríamos hablar de la humanidad masa y de la humanidad levadura: de la gran mayoría conformada y de la pequeña minoría conformadora.

I. LA CONTRAPOSICIÓN ENTRE HISTORIA Y FE EN LA RELACIÓN CON JESÚS DE NAZARET

1. *Jesús, la masa y la levadura de la historia*

En esa minoría levadura se encuentra sin duda Jesús de Nazaret, confesado como Cristo y de quien deriva ese hecho histórico, el cristianismo, que ha determinado los últimos veinte siglos y ha afectado a la humanidad entera hasta hoy. Su mensaje, su destino y su persona están en la raíz de nuestra historia y siguen siendo una fuerza determinante del pensamiento, de la acción y de la esperanza de millones de hombres. Él se presenta ante nosotros hoy como un hecho pasado, como un problema presente y como una promesa de futuro. Como hecho es evidente y de pocas personas del pasado tenemos tantos testimonios vivos y tantos textos escritos referentes

a su destino, aunque él no escribiera nada y por ello su *ipsissima vox* nos venga siempre mediada por otras voces. Jesús confió más en las personas vivas que en los papeles muertos y el testimonio de aquellas prevalecerá sobre estos en la comunidad de sus seguidores. ¿En qué sentido Jesús es un problema? Si no está a debate su existencia, lo está en cambio su identidad. ¿Quién era y quién es?¹. ¿Cuál es la última razón de su repercusión que no ha cesado hasta hoy? ¿Dónde radica esa fascinación permanente que se manifiesta tanto en la adhesión (v.g. Kierkegaard, Dostojevski, Unamuno) como en el rechazo (Marx, Nietzsche), que era a la vez un “proceso de identificación con el adversario”, tal como ha mostrado K.Jaspers en su obra “Nietzsche y el cristianismo”².

Esta es la cuestión que quiero abordar mirando a las dos actitudes hoy vigentes ante él: la de quienes acceden a él solo o sobre todo como acontecimiento pretérito en cuanto historiadores, al igual que estudian la vida de Alejandro Magno o de Tucídides (crítica histórica), y la actitud de los creyentes que se refieren a él como a un presente vivo y vivificador (confesión cristiana)³. En nuestro caso hay una tercera forma de acceder a él: como cristianos que son historiadores y como historiadores que son cristianos.

2. *La conciencia ingenua y la conciencia crítica*

En ambos casos se trata de una conciencia crítica frente a una conciencia ingenua. Una conciencia crítica es aquella que es claramente consciente del objeto de su estudio, del aspecto bajo el cual lo considera, del método que sigue para su conocimiento, del contexto desde el cual el propio sujeto accede a él con los inevitables condicionamientos que todo lugar arrastra y del lenguaje utilizado para

¹ Esta pregunta ya la encontramos en los evangelios: la provoca el propio Jesús, se dirige a todos, espera respuesta de los discípulos que tienen razones para conocerle mejor. La pregunta no espera información sino confesión, sigue a la enseñanza previa de Jesús y a la vez que es pregunta es invitación al seguimiento. Cf. Mc 8,27-33; Mt 16,13-23; Lc 18,18-22. “Esta pregunta de Jesús por su identidad es la introducción de la pretensión que él plantea para que le sigan. No está por tanto aislada de una realización cristiana de la vida. La pregunta y la respuesta son más bien presupuesto” (H.Schlier, “Wer ist Jesus?”, en: Id., *Der Geist und die Kirche*, Freiburg 1980, 28-29).

² K. Jaspers, *Nietzsche und das Christentum*, München 1946.

³ Este es el núcleo de la primera confesión cristiana en la versión de Lucas: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?” (Lc 24,5; Hch 25 19: “cierto Jesús muerto, de quien Pablo asegura que vive”).

expresarlo. Conciencia a la vez de la distancia que nos separa de la realidad que siempre nos viene mediada por los demás, testigos o textos, que nunca son una reproducción isomórfica de la realidad sino una construcción sintetizadora de los hechos, con los cuales sus autores transmiten, unifican e interpretan la realidad, lo mismo que un director de cine elabora en un espacio de dos horas un acontecimiento que ha durado años, dejando en silencio unos aspectos, poniendo otros en primer plano, interpretando otros que no relata y a los que alude por signos o símbolos. Con esto estamos excluyendo el *fundamentalismo*, que no pone distancia entre el lector y el texto y el *historicismo* positivista que identifica la realidad del pasado con la reconstrucción que él hace de ella en el presente. Son dos errores igualmente ajenos, de los que una exégesis debe cuidarse, a la hora de interpretar un texto, situándole en su primer contexto de origen, a la vez que acercándole al último lector, siendo consciente de que la intelección real comienza en el proceso por el cual el lector se abre y entrega al texto a la vez que entrega el texto a su propia existencia⁴.

La conciencia crítica tiene muchas formas y en cada uno de los campos en que se ejercita la inteligencia toma un aspecto concreto, sin que haya una racionalidad que sea soberana de todas las demás. Así tenemos la racionalidad crítica propia de la ciencia positiva, de la historia, de la filología, de la filosofía, de la religión. Cada una de ellas aborda una dimensión de la realidad y para conocerla elabora el método que le es propio. El método no es anterior al objeto sino que viene modelado por él. Por ello no vale el mismo método para todas las ciencias. Las realidades materiales requieren un método de tratamiento, las morales otro, las sociales otro, las espirituales otro. Esa es la verdadera objetividad y justicia: la que corresponde con un acceso personal diferenciado a lo que es diferente⁵.

⁴ Es el viejo principio de sumisión e interacción recíproca entre texto y lector: "Te totum applica ad textum-Totum textum applica ad te".

⁵ "Los existentes no son todos iguales, sino cualitativamente diversos. Diversos ya en los grandes ámbitos del ser; pero también dentro de cada uno de esos ámbitos, diversificados en clases, subclases, y así hasta todas las peculiaridades individuales (...) A la particularidad ontológica de cada cosa debe corresponder una particularidad noética en el acto de conocer; el ámbito específico de los objetos debe ser aprehendido en sus categorías específicas" (R.Guardini, "Sagrada Escritura y ciencia de la fe", en: C.Granados-A.Giménez (coords.), *Biblia y ciencia de la fe*, Madrid 2008, 19-20).

3. *El acceso a Jesús desde la historia crítica y desde la confesión cristiana*

La crítica histórica accede a Jesús de Nazaret desde los documentos y monumentos de aquel tiempo que dan testimonio de él: la tierra, los textos y los testigos son la fuente para el historiador. Los cristianos acceden a él desde el testimonio permanente de esos testigos, de los que fueron contemporáneos y desde los que siglo tras siglo le han otorgado adhesión, le han seguido como maestro de vida y de moral, le han otorgado aquella confianza absoluta, a vida y muerte que es la fe⁶. El presupuesto diferenciador de la crítica histórica y de la confesión cristiana es que ésta parte del reconocimiento de unos hechos, como signos de la revelación de Dios a los hombres y responde a ella. El binomio *revelación* (como acción vocativa de Dios) y *fe* (como acción responsiva del hombre) son los dos pilares de la confesión cristiana, que supone la historia pero, como resultado de una conjunción de hechos y de signos tanto exteriores como interiores, la ve como la mediación que nos trasparenta al Absoluto, vuelto y referido a los hombres para ser en nosotros principio de una vida y plenitud nuevas.

¿Qué significa la preposición “entre” del título? Que hay dos formas de acceder a Jesucristo, que ambas son legítimas, que las dos se han ejercitado sobre todo a lo largo de los últimos siglos, que cada cual tiene su método y lógica propia, que ambas pueden ir juntas y que, si bien en el historiador no se presupone la fe, en el creyente la historia es un presupuesto indispensable. Por ello partimos del reconocimiento de la autonomía de cada una de ellas, de la diferencia a la vez que de la posible coordinación: de la abertura de la historia a la fe y de la fundamentación de la fe en la historia; fundamentación sólo, no deducción necesaria ¿Dónde y cuándo surge un problema en la relación entre ambas?

⁶ El anuncio público es primero un mandato de Jesús (Mc 16,15-18; Mt 28,16-20) y luego la condición para que el asentimiento sea posible, ya que la fe no es fruto de una reflexión personal en el vacío propio sino la adhesión a una propuesta que nos viene de fuera: “¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerían sin haber oído de Él? Y, ¿cómo oirán si nadie les predica? Y, ¿cómo predicarán si no son enviados?” (Rom 10,14-15).

4. La sospecha frente a los autores del Nuevo Testamento

A lo largo del primer milenio y hasta la mitad del siglo XVIII se aceptaron los textos del Nuevo Testamento como relato literal fidedigno de los hechos ocurridos en torno a Jesús, tal como nos la relatan los evangelios, sobre el surgimiento de la iglesia y de la misión, sobre la vida de Pablo tal como nos la relatan sus cartas y los Hechos de los Apóstoles. En los últimos siglos, sin negarles la confianza, nos acercamos a ellos como construcciones literarias, que no quieren ser relatos notariales ni reflejo puramente cronístico o material de los Hechos sino propuestas de sentido total, que por tanto requieren interpretación.

La pérdida de esa confianza y el nacimiento del principio de sospecha va unida al filósofo y teólogo de la Ilustración Herrmann Samuel Reimarus (1694-1778). Este dejó un escrito o fragmento editado por Lessing después de su muerte, que lleva por título: *Von dem Zwecke Jesu und seiner Jünge*. Braunschweig 1778 (= *Sobre el fin que se propusieron Jesús y sus discípulos*). A partir de este momento la Biblia es leída con distancia, poniendo bajo la lupa la validez histórica de sus afirmaciones. Era el segundo momento de ejercitación del principio de sospecha. Lutero había puesto en cuestión que la interpretación de la Iglesia fuera la verdadera y él propuso una nueva, considerándola como el único evangelio de Dios; había dudado de los intérpretes de la palabra de Dios (Iglesia); no había dudado de los autores del libro (Biblia). Reimarus, en cambio no sospecha sólo de los intérpretes anteriores del texto sino de los mismos autores bíblicos. ¿Cómo y por qué? Para Reimarus los textos del NT nos ocultan la verdad histórica y nos dan solo una verdad dogmática, porque no relatan lo que Jesús fue e hizo sino lo que sus seguidores hicieron de él a raíz de su muerte. Para él Jesús fue un simple judío que propuso un levantamiento político contra los romanos, que fracasó. Ante ese fracaso sus seguidores no se resignaron, e inventaron su final como muerte redentora y su resurrección como promesa y garantía de una resurrección universal⁷.

⁷ Es la primera interpretación social revolucionaria de Jesús, a la que luego seguirán: Kart Kautzky, *Der Ursprung des Christentums. Eine historische Untersuchung*, Stuttgart 1980; Max Maurenbrecher, *Von Nazaret nach Golgota* (1909); Robet Eisler, *Jesús el rey que nunca reinó I-II*, Heidelberg 1929-1930; J. Carmichael, *Leben und Tod des Jesus von Nazaret*, München 1965; S.G.Brandon, *Jesús and the Zealots*, Manchester 1960. Sobre esta interpretación cf O.Cullmann, *Jesús y los revolucionarios de su tiempo*, Madrid 1971; M.Hengel, *Jesús y la violencia revolucionaria*, Salamanca 1973; H.Guevara, *Ambiente político del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Madrid 1985.

5. Las tres búsquedas del Jesús histórico al margen de la fe

Puestas las fuentes cristianas bajo tal sospecha de haber desnaturalizado el sentido de los hechos originales, y no habiendo prácticamente otras fuentes autónomas sobre la existencia y vida de Jesús al margen de las de sus seguidores, entonces la crítica histórica comenzó el esfuerzo titánico y prometeico de buscar la historia real, considerando las fuentes cristianas no en cuanto testimonio de una fe e interpretación de unos hechos, sino exclusivamente en cuanto testigos de meros hechos sin la fe. Y surgía la gran cuestión: ¿es posible leer las fuentes no cristianas sin su cristianía, es decir, negando o poniendo entre paréntesis sus convicciones de fe? ¿Queda algo que sea por sí solo historia verídica más allá de la interpretación cristiana?

A partir de ahora se inicia la búsqueda de un Jesús histórico, anterior e independiente de aquel que los cristianos han recibido en la fe. Y se abre un abismo entre ambos. Y tendrán lugar lo que se ha llamado la “búsqueda del Jesús histórico detrás o anterior al Cristo de la fe”. Y habrá una primera búsqueda *the first or old quest*, una segunda caracterizada como *new quest*, y finalmente la que llega hasta nuestros días la *third quest*. La primera llega hasta comienzos del siglo XX y ha sido inventariada magistralmente por A. Scheitzer en: “*De Reimarus a Wrede*” (1906) y en su segunda edición de 1913 con el título definitivo: “*Historia de la investigación de la vida de Jesús*”. A ella le siguen años de escepticismo ante la naturaleza de las fuentes que culmina en la llamada “historia de las formas” (*Formgeschichte*) que muestra cómo los actuales evangelios tienen en su origen unidades previas, que han sido creadas por la iglesia en función de sus necesidades litúrgicas, catequéticas, misioneras o apologéticas⁸. La escuela de Bultmann mantiene esa actitud escéptica sumada con un presupuesto teórico luterano: lo mismo que la fe es sin obras la fe es sin pruebas. Por ello la única actitud coherente es confiarse al kerigma puro de la iglesia en cuyo anuncio acontece la realidad enunciada para el oyente. Tal actitud heroica a muchos les pareció suicida. Käsemann, discípulo de Bultmann, inicia la segunda búsqueda, mostrando la conexión esencial que se da ya en el NT entre fe e historia y

⁸ K.L.Schmidt, *Der Rahmen der Geschichte Jesus*, Berlin 1919; M.Dibelius, *La historia de las formas evangélicas* (1919), Valencia 1984; R.Bultmann, *Historia de la tradición sinóptica* (1921), Salamanca 2000. Bultmann continuará con esa actitud en sus obras posteriores: *Jesus Christus und die Mythologie*, Hamburg 1958; Id., *Das Verhältnis der urchristlichen Christusbotschaft zum historischen Jesus*, Heidelberg 1965; Id., *Teología del Nuevo Testamento* (1948-1953), Salamanca 1981.

la conexión permanente que las debe religar si no queremos dejar la fe en el descampado a merced de lo poderes violentos⁹.

Es en esta fase de la investigación donde se realizan los esfuerzos más apurados para establecer criterios mediante los cuales podamos distinguir en los evangelios lo que era palabra de Jesús y lo que es palabra de la iglesia. Se comenzó estableciendo la originalidad de Jesús por contraste entre el judaísmo previo y la iglesia posterior. Así y nació el criterio de discontinuidad, con un alejamiento total de Jesús de sus raíces judías. Según este criterio sería auténtico de Jesús lo que no se encuentra ni en lo que le precedía ni en lo que le siguió. La dureza y extremosidad de esta actitud llevó a corregirlo introduciendo los criterios de atestación múltiple, de dificultad, de discontinuidad, de plausibilidad y coherencia¹⁰. La tercera búsqueda, llevada a cabo sobre todo en Norteamérica y en especial por el grupo en torno al *Jesus Seminar*¹¹ y a la obra de Crossan¹², se ha propuesto conocer a Jesús otorgando valor sobre todo a las fuentes apócrifas, el evangelio de Tomás y a los dos textos primordiales de la tradición evangélica: la fuente Q¹³ y Marcos.

⁹ E.Käsemann, "El problema del Jesús histórico", en Id., *Ensayos exegéticos*, Salamanca 1978, 159-190.

¹⁰ G.Theissen-A.Merz, *El Jesús histórico. Un manual*, Salamanca 1999, 139-143; Ch.Perrot, *Jesús y la historia*, Madrid 1982, 57-62; B.D.Chilton-C.A.Evans (coords.) *Authenticating the Words of Jesus*, Leiden 1999; Id., *Authenticating the Activities of Jesus*, Leiden 1999; J.P.Meier, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Tom I: las raíces del problema y de la persona*, Estella 1997, 183-210: "Criterios: ¿Cómo decidimos lo que proviene de Jesús?".

¹¹ Se dieron conocer, sobre todo, por las dos obras en que después de largo estudio y método democrático de trabajo publicaron en las que someten a examen, primero, las palabras y, luego, las obras de Jesús, identificando en su edición de los evangelios con cuatro colores las palabras que en ellos se le atribuyen: rojo, rosa, gris y negro, según que se las considere auténticas de él, posibles, que reflejan su intención pero que no son suyas, y aquéllas que con toda seguridad no son auténticas. Cf. R.W.Funk and the Jesus Seminar, *The five Gospels. The Search for the Authentic Words of Jesus. What did Jesus really say?*, Polebridge 1988; Id., *The Acts of Jesus. What did Jesus really do*, San Francisco 1998; L.Th. Johnson, *The Real Jesus. The Misguided Quest for the Historical Jesus and the Truth of the Traditional Gospels*, San Francisco 1996. Sobre los distintos exponentes de la tercera búsqueda con la diversa imagen que ofrecen de Jesús, cf. Ben Whitherington III, *The Jesus Quest. The Third Search for the Jew of Nazareth*, Downers Grove 1995; R.Aguirre, *Aproximación actual al Jesús de la historia*, Bilbao 1996; A.Vargas-Machuca, *El Jesús histórico. Un recorrido por la investigación moderna*, Madrid 2004.

¹² J.D.Crossan, *El Jesús histórico. La vida de un campesino judío*, Barcelona 1994; Id., *Jesús. Biografía revolucionaria*, Barcelona 1996.

¹³ Sobre la llamada fuente Q, cf. J.Robinson-P.Hoffmann-J.S.Kloppenborg-S. Guijarro, *El documento Q. en griego y en español con paralelos del evangelio de Marcos y del evangelio de Tomás*, Salamanca 2002.

Este es nuestro problema y clarificarle es nuestra tarea, el Evangelio de Tomás analizando si historia y fe son convergentes o divergentes, si la historia abre o no abre a la fe; si la fe necesita el fundamento de esos hechos históricos o tiene luz suficiente en sí misma para sustentarse por sí sola. Esclarecer las cuestiones, proponer las vías de encuentro entre ambos métodos y proponer soluciones es lo que nos proponemos.

II. HECHOS FUNDAMENTALES DE LA HISTORIA

Antes de buscar las soluciones concretas es necesario tener ante los ojos todos los elementos fundamentales del problema, y en primer lugar los hechos objetivos verificables, de los que tenemos que dar razón si queremos entender el tiempo interior que estamos viviendo.

1. *Los hombres decisivos o la medida de humanidad*

Jesús es uno de esos hombres que han troquelado la historia de la humanidad y ésta ya no es pensable sin él. Pascal estableció los tres ordenes ascendentes de grandeza: grandeza del poder, y el nombre símbolo era Alejandro Magno; grandeza de la inteligencia y el símbolo eran los matemáticos griegos como Arquímedes y la grandeza de la caridad o de la santidad, y el símbolo supremo era para él Jesucristo¹⁴. Grandeza en la forma de humildad, acción suprema en la forma de pasión, expresión suprema de la vida pasando por la muerte y traspasándola. En 1956 Karl Jaspers publicaba un libro con título significativo: *“Die massgebenden Menschen”* que ha sido traducido al español como: *“Los hombres decisivos: Sócrates, Buda, Confucio, Jesús”*¹⁵. El título original alemán es mucho más rotundo: hombres que han dado la talla, la medida más alta alcanzable de la humanidad, y por ello han sido decisivos hasta el punto de convertirse en norma para la humanidad posterior. Jaspers publica ese libro como primer tomo de una

¹⁴ “Jésus-Christ sans biens et sans aucune production au dehors de la science, est dans son ordre de sainteté: Il n’a point donné d’invention, il n’a point régné; mais il a été humble, patient, saint, saint à Dieu, terrible aux démons, sans aucun péché. Oh! qu’il est venu en grande pompe et en une prodigieuse magnificence, aux yeux du cœur qui voient la sagesse” (*Pensamientos* n. 793: Ed. Brunschvicg).

¹⁵ K. Jaspers, *Los grandes filósofos. I Los hombres decisivos: Sócrates, Buda, Confucio, Jesús*, Madrid 1993.

obra dedicada a los grandes filósofos. Esos cuatro hombres son para él anteriores y más fundamentales que todos los filósofos que han venido después. Los tres que vienen inmediatamente después de ellos y a distancia son Platón, San Agustín y Kant. En aquellos los humanos hemos reconocido nuestra grandeza; existe historia donde ellos han aparecido y sin ellos nuestro perdurar sería una trivialidad. Porque no somos hombres a la luz de una definición metafísica o de una demostración científica sino a la luz de quienes han desplegado la semilla ínsita en cada uno de nosotros y la han hecho crecer hasta la altura.

En Jesús esa altura ha sido la altura propia de Dios, en la medida en que Dios mismo en él se acercó a nuestra bajura. Y así, encontrados hombre y Dios en él, la historia ha alcanzado su centro y su cima; por eso hemos contado el tiempo a partir de su nacimiento y hemos dividido la historia en dos tramos, el que precede a Cristo y el que le sigue. El se ha convertido en alguna forma en la medida inolvidable de lo que puede alcanzar la humanidad y por tanto de lo que su es su grandeza; grandeza que ya no podrá olvidar, porque quien ha ascendido a una cumbre ya nunca podrá considerar cualquier montículo de su aldea como el Everest o el Mont Blanc.

2. *Un hecho puntual y una presencia perenne*

Jesús fue un *hecho puntual* de la historia particular de un pueblo y condicionado en todas sus características por la herencia, situación y límites de ese pueblo, tal como había llegado a ser desde la larga trayectoria que nos narra el Antiguo Testamento. Pero Jesús es a la vez una *presencia perenne* en la historia, una perenne memoria, una perenne referencia. A él se le ha podido definir como “el recordado”¹⁶. La memoria de Jesús no ha sido sólo la individual psicológica que muchos hombres han hecho de él como la han hecho de Sócrates, sino a la vez una memoria institucional, comunitaria, generadora de fe y de comunidad, que eso es la eucaristía. A partir de un momento dado, cuando se universaliza su celebración diaria, no ha dejado de haber una hora en la que no se haya hecho memoria de lo que hizo en la última cena la víspera de su pasión, reviviendo lo que él hizo y presencializándole de esta forma sacramental en el mundo¹⁷.

¹⁶ J.D.G. Dunn, *Jesus remembered*, Cambridge 2003.

¹⁷ “Es un hecho de cierta importancia la circunstancia de que estos relatos, sea cual fuere su valor histórico en detalle, tratan de una persona cuyo papel en la historia se *recordaba*. Porque el hecho de que nos hemos visto conducidos

3. *La resurrección como hecho-experiencia diferenciante*

Jesús es el único hombre en la historia de quien se ha dicho absolutamente en serio que ha resucitado y esto en conexión con su muerte anterior y con la pretensión de haber introducido el reino de Dios en la historia, es decir, como advenimiento vencedor sobre las realidades malignas, como promesa y anticipo de lo que es el destino de toda la humanidad. Resurrección que nada tiene que ver con un retorno a la vida física anterior sino con la victoria sobre el poder del mal y de la muerte y como adentramiento en la definitividad misma de Dios. Rahner que ha subrayado con fuerza esta novedad de Jesús escribe. "Este Jesús con su pretensión concreta y su historia es experimentado en la vivencia de la resurrección como permanentemente válido y aceptado por Dios. ¿Qué pretensión real, indisoluble de él mismo, se experimenta con ello como válida? Aquella que él alzó en su vida... la pretensión de que con él, y en manera inseparable de él, está dada una nueva e insuperable cercanía de Dios, la cual de por sí se impone victoriosamente. Jesús caracteriza esta cercanía diciendo que ha llegado y llega el reino de Dios, el cual obliga al hombre a la decisión explícita de si él acepta o no a este Dios, que se ha acercado de tal manera"¹⁸.

4. *La realidad de la historia de Jesús y la repercusión de su persona*

Jesús es lo que fue y lo que es, lo que ha repercutido en la historia. La realidad de un hombre se expresa en lo que él lleva a cabo y en lo que hace posible a los demás. La influencia real, personal y permanente, nos dice tanto de su personalidad como las propias gestas que ha llevado a cabo en su vida¹⁹. Es característico de Jesús la desproporción entre su aparente insignificancia tal como fue per-

por todas las líneas de acceso desde fuera y desde dentro, no es un cierto episodio remoto, olvidado, del pasado, sacado de nuevo a la luz, pongamos por caso, al excavar un antiguo sepulcro o al desenterrar un manuscrito en una cueva. Es mas bien algo que no se ha borrado nunca de la memoria de la más antigua sociedad superviviente en el mundo occidental" (C.H.Dodd, *El fundador del cristianismo*, Barcelona 1984, 25-26).

¹⁸ K.Rahner, *Curso fundamental de la fe. Introducción al concepto del cristianismo*, Barcelona 1979, 327-328.

¹⁹ En los últimos decenios se ha subrayado esta dimensión de las personas y de los textos: son lo que hacen por sí mismos y lo que "hacen hacer" a los demás, lo que suscitan, la perennidad que mantienen activa. Cf. C.H.Dodd, *El fundador del cristianismo*, 191-202 (La historia III: las consecuencias). Sobre la repercusión

cibido los días de su vida mortal con su marginalidad por un lado y, por otro, la presencia e influencia que ha adquirido con el tiempo. En sus días nadie levantó acta de él, ni las autoridades romanas ni las judías, pero con la experiencia de la resurrección, proclamada por sus discípulos, se inicia una nueva historia que invierte los términos: lo que parecía insignificancia se convirtió en significación absoluta y lo que parecía marginalidad entonces se ha convertido en centralidad después. De Jesús, reconocido como revelador absoluto de Dios y como consecuencia como revelador absoluto del hombre, han derivado esas dos grandes realidades: la teórica del cristianismo y la práctica de la iglesia, que se refieren a él como a un viviente. Jesús ha permanecido eficaz en la historia no como descrito en el pasado y admirable en el presente sino en cuanto creído y amado por ser el Mesías, Señor, Hijo de Dios. La relación con él ha sido relación con un presente vivo y vivificador, no con un pasado muerto y agotado. Todo lo demás es real pero adyacente y fundado en esta identidad mesiánica, salvadora, divina. El día que Jesús dejara de ser creído, ese día el cristianismo como universo de realidad y de ideales perdería su fundamento y la iglesia dejaría sencillamente de existir. No es posible un cristianismo como cultura, ética o política sin la raíz generadora de la fe; y esa raíz es la persona viva de Jesús. Un pos-cristianismo o mero cristianismo cultural no merecen la pena. Para solo cultura, ética o política dan más de sí otros hombres.

5. *Irradiación intelectual, emocional y personal de su destino*

La irradiación de Jesús en la historia humana, incesante hasta hoy, es de múltiple naturaleza. Hay una *irradiación intelectual*, que se muestra en el nacimiento de ideas nuevas respecto del hombre, de Dios y del sentido de la historia. Desde que hemos reconocido en él al Dios encarnado, nuestra relación con el Absoluto ha cambiado. El poder de éste ha sido reconocido como solidaridad, su justicia como misericordia, su exigencia como acompañamiento y la relación originaria del ser finito y pecador con el Absoluto, que en principio es de miedo y angustia, se ha convertido en amor y esperanza. La cultura actual deriva de esa revolución en la comprensión del Absoluto y la filosofía tiene en ella el manadero de algunas categorías fundamentales²⁰. A esta irradiación intelectual tendríamos que añadir la *irra-*

de los textos (Wirkungsgechichte), H.G.Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca 2004).

²⁰ Cf. E. Brito, *Philosophie moderne et christianisme*, Leuven 2008.

diación emocional (sentimientos nuevos), *irradiación moral* (nuevas actitudes y formas de conducta), *irradiación práctica* (acciones e instituciones nuevas), *irradiación personal* (imprimiendo a la existencia nueva orientación con la esperanza confiada de su logro definitivo, o salvación). Los santos han sido una especie de recreación o reviviscencia de Cristo en cada generación. San Francisco fue reconocido como el Cristo de la Edad Media²¹. Ellos no son sólo imitadores materiales sino recreadores personales de su destino. En ellos se nos hace él presente y transparente. A Jesús se le ha respondido en la historia con una gama de reacciones que van en orden creciente y que corresponden a los estratos o dimensiones de su personalidad: admiración de su figura, adhesión a sus ideas, seguimiento de sus normas de conducta, adhesión a su persona, fe en su condición divina como mensajero e Hijo de Dios, amor como salvador. Hay reacciones muy diversas ante Jesús, que son como círculos concéntricos. La fe es la final y englobante de las demás; pero cada una de estas puede existir por separado y desde aquí se comprenden las diversas actitudes ante Jesús en hombres no cristianos o incluso no creyentes en Dios²².

Estos son los hechos que tenemos que explicar, porque no se puede separar la figura de Jesús de este conjunto de realidades, que han nacido de él: el cristianismo, la iglesia, la repercusión creativa en la cultura de la humanidad. ¿Es todo ello fruto de un engaño colosal, resultante de una interpretación equivocada y malévolamente por los primeros discípulos o es más bien el resultado de una personalidad, cuya identidad histórica, soteriológica y teológica es la que describen los evangelios y ha confesado la Iglesia? Una historia crítica tiene que dar razón no solo del individuo judío, que fue Jesús, sino de

²¹ "Al verdadero siervo de Cristo, San Francisco, como en ciertas cosas fuese casi otro Cristo dado al mundo para salvación de las gentes, Dios Padre quiso hacerle en muchas cosas conforme y semejante a su Hijo Unigénito, como lo demostró en el venerable colegio de los doce compañeros, en el admirable misterio de las Sagradas Llagas y en el continuado ayuno de la santa cuaresma" (*Florencillas* I, 7). "Tomando por modelo al mismo Cristo y no a sus apóstoles, embarcó a la cristiandad en una imitación del Dios hombre que devolvió al humanismo las ambiciones más altas, un horizonte infinito" (J.Le Goff, *San Francisco de Asís*, Madrid 2003, 65).

²² El NT conoce esa gama de reacciones ante Jesús, que se inicia en el asombro y estupor ante sus acciones portentosas (Sinópticos), la admiración porque todo lo había hecho bien (Hechos de los Apóstoles), pero todas ellas están ordenadas a la fe como única respuesta correspondiente a su hacer y su ser (Pablo). La predicación apostólica y los escritos evangélicos invitan a la fe para tener vida eterna: "Estos signos de Jesús fueron escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Jn 20,21).

todo lo que ha surgido y sigue surgiendo de una relación viva con él, en la que se le reconoce como el Mesías esperado por Israel, se le adora como el Kyrios presente en la iglesia, se le confiesa como el Hijo de Dios en quien Dios se nos dio y desde dentro de nuestra historia y con ello desveló la verdad de nuestra existencia de hombres llamados a compartir su naturaleza y destino divinos. Si Dios ha sido hombre, la humanidad tiene una dignidad infinita por divina y cada hombre merece un respeto absoluto, ya que con él se ha unido el Hijo eterno y por él ha muerto. “El Hijo de Dios por su encarnación se ha unido, en cierto modo, con cada hombre”²³.

III. LOS PROBLEMAS FUNDAMENTALES PARA LA INTELIGENCIA

La historia crítica y la confesión cristiana se encuentran ambas ante una serie de hechos constituyentes del origen, que son la matriz de la historia posterior y que se esclarecen solamente si se toma postura ante cuestiones que no son sólo de naturaleza positiva concreta (*verificar*) sino que derivan de la respuesta que demos a las cuestiones fundamentales (*comprender*), en concreto de la posibilidad o imposibilidad de una revelación de Dios en la historia, de una presencia encarnativa y de una donación animadora del Espíritu, de la que surge una comunidad de fe (*creer*). Enumero algunos aspectos de nuestro problema.

1. *La marginalidad de la historia de Jesús y la explosión de su testimonio*

El primer enigma no es la historia misma de Jesús, verificable en sus líneas fundamentales por la convergencia de fuentes distintas, sino lo que aconteció inmediatamente después de su muerte. En pocos días surge un movimiento de personas que le confiesan resucitado, con ello acreditado por Dios, y declarado justo en contraposición al juicio que el tribunal humano había emitido sobre él. Las personas que le habían abandonado en la muerte y se consideraban a sí mismas como traidoras al maestro y al amigo, surgen ahora con una vitalidad desproporcionada, con la que se enfrentan a la autoridad judía proclamando Mesías de Dios a quien ésta junto con la autoridad romana, habían crucificado, y abriéndose con

²³ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* n. 22.

este mensaje a todos los gentiles. En esos veinte días siguientes se proclama una fe simple en su tenor verbal: “Dios ha resucitado a Jesús”, pero fecunda como una semilla que se convertirá en un árbol inmenso. Esa proclamación no apela a otros argumentos que la verdad del propio testimonio, que afirma la identidad entre el que habían conocido predicando el reino y crucificado, con el que ahora afirman estar vivo, haber sido glorificado por Dios, en una experiencia de encuentro y reconocimiento en la que él se les dio a ver, ofreciéndoles perdón, conversión, amistad, misión. En los veinte años siguientes, en torno al año 50-51, tienen elaborada una cristología casi completa, que aparece ya en la Carta a los Tesalonicenses, primer texto cronológicamente del NT, escrito en el año 51. “Podemos constatar que, apenas veinte años después de la muerte de Jesús, el cristianismo, constituido en referencia a su persona, estaba ya plenamente desarrollado, al designarle como Mesías, Hijo de Dios y Señor”²⁴. La carta a los Filipenses (54-57), contiene ya una cristología de la preexistencia y divinidad de Jesús, que anticipa en germen lo que el Concilio de Nicea proclamará tres siglos después²⁵.

2. La incardinación, excardinación y transcardinación de Jesús en el NT

Los textos el NT son todos ellos primordialmente testimonios de fe, que presuponen la historia de Jesús y de quienes convivieron con él, que la interpretan como la acción definitiva de Dios cumpliendo su designio de salvación, tal como estaba preanunciada y esperada en el AT. Tienen conciencia de lo que están haciendo y quieren hacerlo con la exigencia objetiva (*acribía*), necesaria para dar fundamento objetivo (*asphaleia*) a la fe que los destinatarios del evangelio

²⁴ Ch.Perrot, *Jésus*, Paris 2000, 30.

²⁵ En referencia a Fil 2,6-11, M.Hengel escribe: “Pablo fundó la comunidad de Filipos hacia el año 49, y en la carta que dirigió aproximadamente seis o siete años más tarde a esos fieles no le fue presentado otro Cristo que el del sermón fundacional de la comunidad antedicha. Mas ello significa que esa ‘apología del Crucificado’ tuvo que quedar concluida ya en los años 40. Sentimos la tentación de afirmar que durante aquel lapso, de ni siquiera dos decenios ocurrió más, desde el punto de vista cristológico, que durante todos esos siete siglos que hubieron de transcurrir hasta que quedó ultimado el dogma de la antigua iglesia (...) En ellos no ocurrió en el fondo más que una prosecución y ultimación consecuentes de lo ya desarrollado en el acontecimiento originario de los primeros siglos” (M.Hengel, *El Hijo de Dios. El origen de la cristología y la historia de la religión judeo-helenística*, Salamanca 1978, 12-13).

ya viven²⁶. Los textos no encubren los elementos negativos de la vida de Jesús que en la luz de la resurrección podrían crearles problemas (v.g. su relación con Juan y el bautismo recibido de él, su muerte como un esclavo en la cruz), ni los de los apóstoles (v.g. el abandono de todos, la traición de Pedro). Todos esos textos tienen un principio de unidad y de coherencia: la persona de Jesús a la que se refieren. Todos ellos nacen en lugares separados y sin conocimiento mutuo; la convergencia entre ellos deriva de ese Jesús, que aparece así como principio de unidad de todo el NT²⁷. Ahora bien todos ellos realizan un triple proceso: *incardinación* de Jesús en Israel, *excardinación* de la pertenencia exclusiva a ese pueblo de origen Jesús para universalizarlo en las naciones, *transcardinación* situándole unos en la historia de la salvación anteriormente vivida, otros en su peculiar relación filial con Dios, otros finalmente en igualdad de poder, de conciencia y de acción con él.

3. *Hechos particulares, acontecimientos universales, presencia eterna*

La existencia de Jesús puede ser considerada desde tres perspectivas distintas, cuya diversidad hay que mantener pero cuya relación hay que instaurar. Kierkegaard distinguió lo que el llamaba *hechos particulares, acontecimientos universales y presencias eternas*²⁸. Con los primeros se refería a aquellas acciones que hacemos los hombres en nuestro marco diario de vida y que no rompen los umbrales de nuestra individualidad. Los acontecimientos universales son aquellos en los que se desvela algo de lo humano común, hasta entonces no percibido y que una vez que lo hemos descubierto pertenece ya a todos, aun cuando lo hayan descubierto sólo algunos. De presencias eternas hablamos cuando estamos ante acontecimientos de nuestra historia que descubri-

²⁶ "Puesto que muchos se pusieron a compilar un relato de los hechos que se llevaron a cabo entre nosotros, tal como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la Palabra, también a mí me pareció lo mejor escribírtelos en orden, ilustre Teófilo, después de haberlos investigado todos rigurosamente desde el comienzo, para que conozcas lo bien fundado de las enseñanzas en las que has sido instruido" (Lc 1, 1-4).

²⁷ J.N.Aletti, *Jesucristo, ¿factor de unidad del Nuevo testamento?*, Salamanca 2000.

²⁸ S.Kierkegaard, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, Madrid 1997, 103-112. Cf. F.Bousquet, *Le Christ de Kierkegaard. Devenir chrétien par passion d'exister, une question aux contemporains*, Paris 1999.

mos repletos de una luz, fuerza y tracción que nos llevan a reconocerlos como signos de Dios actuando entre nosotros. La actuación de Dios siempre pasa por los caminos de los hombres pero podemos discernirla y, reconociéndola como tal, podemos responderle y corresponder a ella con nuestra vida. Con otra formulación hablaríamos de *hechos* (referidos a la naturaleza exterior), *sentido* (referido a la propia existencia interior), *revelación* (referida a Dios). Jesús, ¿está cerrado en el marco palestino, rompe ese techo y alarga la medida de la humanidad conocida hasta entonces, o hace esto porque Dios está actuando en él y dándose en él de manera suprema? En consecuencia, esta es la pregunta: ¿En Jesús encontramos solo hechos particulares, también sentido universal, o también revelación divina? Respecto de los hechos necesitamos información, verificación y explicación; respecto del sentido hay que ofrecer interpretación, hacer posible la comprensión y dejarse transformar por lo que de universal va implicado en la vida que realiza y ofrece ese sentido. Respecto de la revelación hay que escucharla acogerla y obedecerla, y esto significa fe. Para el primer nivel de realidad es competente la historia crítica, para el segundo la hermenéutica o antropología, para el tercero la teología. No se pueden confundir los planos de realidad ni las correspondientes ejercitaciones personales necesarias para reconocerlas, comprenderlas y acompasarse a ellas. “A la particularidad ontológica de cada cosa debe corresponder una particularidad noética en el acto de conocer”²⁹. Y al Absoluto solo se le puede responder con una actitud absoluta, que el hombre solo puede poseer si el mismo Dios se la regala³⁰. De ahí que tanto la fe como la misma revelación sean igualmente gracia, una vista desde el lado exterior objetivo y la otra desde el lado personal subjetivo.

4. *Las tres vertientes constitutivas del ser y destino de Jesús*

Si queremos dar razón de Jesús tenemos que integrar las tres vertientes de su vida. Estas forman una unidad indisoluble, pero no pueden tampoco pueden identificarse ya que cada una de ellas tiene su propia autonomía: A) La acción pública con la predicación del reino acreditada por los signos específicos que el NT llama

²⁹ Cf. nota 5.

³⁰ “Le seul organe adapté à un objet tel que l’Absolu est un mode de connaissance également absolu” (E. Brito, *Philosophie et théologie dans l’oeuvre de Schelling*, Paris 2000, 54).

milagros. B) La fase final de su vida con el rechazo de Israel y su proceso consumado en la cruz. C) Lo acontecido después de su muerte con la experiencia de la resurrección, derivada de las apariciones, del sepulcro vacío y de la percepción de su permanente presencia a la comunidad que le recuerda, celebra y espera. El NT presenta a Cristo desde estas tres perspectivas, cada una de las cuales otorga inteligibilidad a la otra. Si bien los Evangelios narran la vida de Jesús partiendo del comienzo de su acción pública para llegar hasta el fin de ella, internamente están pensados desde el final: desde la resurrección. Por eso narran el nacimiento, predicación y pasión como los primeros tramos de la vida de aquel que ha sido acreditado por Dios como Mesías, Señor e Hijo. Dios solo ha podido hacerlo al final, porque Jesús ya lo era incoativamente desde el principio; y de esta forma hay una retroacción del final que ilumina el principio. Esta “retroacción” será considerada por el creyente como el real descubrimiento de la verdadera historia de Jesús, mientras que quien no acepta la verdad de la resurrección la considerará como simple falsificación de la historia real. La resurrección es la palanca que mueve todo en el NT. Sin ella no habría surgido la comunidad, no se hubiera recordado a Jesús, no se hubieran escrito ninguno de los evangelios ni las cartas paulinas. La muerte de Jesús es comprendida desde lo que la precede: el mensaje del Reino como confrontación entre el poder de este (reino) y el poder de aquella (muerte). Todos los signos acreditadores de la llegada del Reino de Dios, que proclama Jesús, hubieran quedado sin validez si no se hubieran confrontado con el poder supremo de la historia: la muerte. Y esta hubiera sido insignificante si no le hubiera seguido la resurrección. La fe cristiana abarca por tanto al predicador del Reino, al que ha pasado por la muerte para vencerla y al que nos es devuelto por Dios como comienzo de una vida nueva por el Espíritu. Este triángulo hermenéutico es la clave de comprensión de Jesús en la confesión cristiana; cada uno emite luz y recibe luz desde los otros. Y por consiguiente se da una comprensión en reciprocidad. *Allí donde no aparezcan en plena luz los tres polos: Reino, Muerte, Resurrección, allí no hay cristianismo*³¹.

³¹ En la historia del cristianismo se ha ido acentuando una u otra de estas versiones: la patrística está centrada en el misterio pascual, en el que muerte y resurrección van unidas; en la Edad Media prevalece la atención a la pasión y la muerte; en la Era Moderna están en primer plano la acción histórica de Jesús con su mensaje, junto con los aspectos gnoseológicos o las condiciones de nuestro conocimiento de quien temporal y localmente está alejado siglos de nosotros. En nuestros días por ejemplo, la teología protestante está centrada sobre todo en la muerte de Jesús como reveladora ante todo del ser de Dios; la teología de

5. *Las tres ejercitaciones de la razón ante él o las tres cristologías posibles*

La plena comprensión de Jesús exige tres ejercitaciones de la razón humana. La primera es la que investiga los hechos particulares de su historia en todas las dimensiones que ella implica: economía, política, cultura, religión, ya que Jesús es un sujeto concreto de una sociedad concreta. Aquí hay que situar el estudio de la historia cultural religiosa, social y política, que ha prevalecido en los últimos decenios, en toda su legitimidad, ya que tanto Jesús como el cristianismo naciente surgen en continuidad a la vez que en ruptura con el medio propio. En la terminología posterior diríamos que hay un Jesús judío según la carne, una humanidad real, que hay que conocer desde ella misma y no proyectando categorías filosóficas posteriores. Por eso hoy hablamos de la judeidad de Jesús en vez de utilizar la fórmula abstracta de “naturaleza humana”, que encontramos en el Concilio de Calcedonia. Es necesario por tanto comenzar por una *cristología histórica*. A la encuesta histórica debe acompañar la reflexión teórica, ya que los resultados positivos hay que evaluarlos, compararlos y relacionarlos con los que son comprensiones fundamentales de la vida humana, de Dios y del sentido de la historia.

El segundo paso es una *cristología filosófica*, aspecto de la comprensión de Jesús a la que ha dedicado admirables estudios el P. X. Tilliette bajo el título “El Cristo de los filósofos”³². Hay que mostrar finalmente por qué otorgamos especial atención y validez a este hombre y no a otros, al judío Jesús y no todos los profetas o líderes que le precedieron o siguieron. No cualquier hecho histórico es valioso ni merece la misma atención. Una idea de la dignidad, vocación y perfección humanas es necesaria, ya que de lo contrario la historia sería un inmenso almacén de datos y recuerdos todos ellos insigni-

la liberación en el fermento utópico y emancipador de su predicación en cuanto propuesta de un hombre nuevo; los movimientos más recientes en la experiencia pascual y en el don del Espíritu. Tales acentuaciones son legítimas si no se absolutizan y si mantienen el lugar propio que corresponde a los demás aspectos que ellas no subrayan. Para otros planteamientos más reciente, ct. K.H.Menke, *Jesús ist Gott der Sohn. Denkformen und Brennpunkte der Christologie*, Regensburg 2008.

³² Cf. X. Tilliette, *La christologie idéaliste*, Paris 1986; Id., *Le Christ de la philosophie*, Paris 1990 (trad. esp. Bilbao 2000); Id., *Le Christ des philosophes. Du Maître de Sagesse au divin Témoin*, Namur 1993; Id., *Les philosophes lisent la Bible*, Paris 2001; Id. *La Semaine sainte des philosophes*, Paris 1992; Id., *Jésus romantique*, Paris 2002; Id., *Philosophies eucharistiques de Descartes à Blondel*, Paris 2006; Id., *L'Église dans la Philosophie*, Paris 2007.

ficantes; pero la historia no es una mera colección de antigüedades pasadas sino la creación de un sentido para el presente con la ayuda de la memoria del pasado. Lo mismo que un montón de piedras o de ladrillos no forman una casa si no que necesitan unos planos, una colocación y una ordenación, así los saberes históricos sólo merecen interés en la medida en que los acompaña una reflexión que desvela sus valores de humanidad y de último sentido. Si además admitimos que Dios puede revelarse en la historia y en este caso revelárenos y dárenos en Jesucristo, entonces será necesario apelar a una comprensión de Dios. Sólo entonces resultarán inteligibles las palabras, los hechos y el destino entero de Jesús. Si Dios estaba con él, si era el Hijo en reciprocidad de conciencia, amor y poder con el Padre, esto podría percibirse de alguna manera en sus actos. Y aquí es donde aparecen los problemas. De la comprensión inicial que tengamos de lo que es posible en la historia y de la imagen fundamental que nos hagamos de Jesús dependerá que consideremos ciertos hechos probables o imposibles. De la conciencia que le asignemos dependerá que aceptemos como auténticas o inauténticas ciertas sentencias de Jesús, de la relación que consideremos que tiene con Dios consideraremos posibles o imposibles los milagros.

Una *cristología teológica* es, por consiguiente necesaria. Esta tercera cristología: la teológica, es la única que ofrecen los autores del NT, quienes ven a Jesús desde su relación filial con Dios, y a Dios desde su revelación suprema en él. Esa peculiar, única relación es la que funda su autoridad, su excelencia, su condición revelante y salvífica. Esta identidad teológica posteriormente se designará como divinidad en cuanto Hijo y consubstancialidad con el Padre³³.

En los últimos decenios ha prevalecido el intento por identificar a Jesús desde su contexto y han estado en primer plano las siguientes cuestiones: relación de Jesús con el judaísmo³⁴, su actitud ante la ley³⁵, su figura bien en relación con la tradición anterior (sapiencial, profética, apocalíptica), el aspecto público de su acción en relación con el comportamiento de otros tipos humanos significativos de su

³³ Sobre esa tres cristologías posibles; cf. O.González de Cardedal, *Fundamentos de cristología. I. El camino. II Meta y Misterio*, Madrid 2005-2006.

³⁴ Cf. P.M.Bogaert, «L'identité juive de Jésus: une question d'actualité», *Revue Théologique de Louvain* 33(2002), 351-370

³⁵ Cf. D.Marguerat-E.Norelli-J.M.Poffet (coords.), *Jésus de Nazareth. Nouvelles approches d'une énigme*, Genève 1989 especialmente los artículos de Ch.Perrot, «Pluralité théologique du judaïsme au 1^{er} siècle», 157-176; E.P.Sanders, «La rupture de Jésus avec le judaïsme», 209-222; D.Marguerat, «Jésus le sage et Jésus le prophète», 293-317.

momento. Así se han decantado las siguientes tipificaciones: maestro de sabiduría en la forma de campesino judío que quiere transmitir un mensaje innovador en un momento de convulsión social (Jesús Seminar, Crossan); profeta escatológico (Schillebeeckx, Sanders), carismático (Vermees, Hengel, Dunn, Borg, reformador social (Theissen, Malina), personalidad marginal (Meier). En años anteriores Bergson había caracterizado a Jesús como “supermístico”, respecto del cual los que llamamos místicos son imitadores y continuadores originales pero incompletos³⁶. Los textos evangélicos no nos ofrecen datos suficientes para elaborar una figura, intelectual y psicológica religiosa de Jesús. Para ellos lo esencial es otra cosa: la relación única de Jesús con Dios, acreditada en su mensaje, la relación con los hombres especialmente con pobres pecadores, mujeres, marginados; y la relación única de Dios con Jesús acreditándole primero como Mesías por los milagros y como Hijo por la resurrección; acreditación divina que revela la raíz de la que surge su verdadera identidad³⁷ y de las que deriva la salvación de los hombres. Desde el punto de vista historiográfico y psicológico Jesús resulta un enigma, ya que todos los aspectos y perspectivas que las fuentes nos ofrecen no se dejan integrar en una figura de este mundo ni explican su existencia y destino. Solo esa relación única con Dios como Padre da razón de la totalidad. Ninguna biografía ha podido sustituir a los evangelios y éstos nos incitan a dar una respuesta personal a la identidad de Jesús, en la seguridad de que desde ella ese enigma se esclarece³⁸.

³⁶ Cf. además de los autores ya citados E.Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, Madrid 1981; E.P.Sanders, *La figura histórica de Jesús*, Estella 2000; Id., *Jesús y el judaísmo*, Madrid 2004; G.Vermees, *Jesús el judío*, Barcelona 1997; Id., *La Religión de Jesús el judío*, Madrid 1995; D.Flusser, *Jesús en sus palabras y en su tiempo*, Madrid 1975; Id., *El cristianismo una religión judía*, Barcelona 1995; J.Gnilka, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*, Barcelona 1993; J.D.G. Dunn, *Jesús y el Espíritu. Un estudio de la experiencia religiosa y carismática de Jesús y de los primeros cristianos tal como aparece en el NT*, Salamanca 1981; Id., *The Christ and the Spirit. I. Christology. II. Pneumatology*, Michigan 1998; J.P. Meier, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. I. Las raíces del problema y de la persona (1997). II/1 Juan y Jesús. El Reino de Dios (1999). II/2 los milagros (1999). III. Compañeros y rivales*, Estella 2003; M.Ebner, *Jesus von Nazaret in seiner Zeit. Sozialgeschichtliche Zugänge*, Stuttgart 2003; H.Gouhier, *Bergson et le Christ des Évangiles*, Paris 1961.

³⁷ «Paradoxalement, les évangiles canoniques ne disent rien de l'apparence physique, de la culture, de la formation scientifique, de l'excellence intellectuelle, religieuse ou encore des vertus insignes de Jésus» (J.N.Aletti, «Exégète et théologien face aux recherches historiques sur Jésus», *RSR* 87/3 (1999)423-444, la cita en 430.

³⁸ «Une première conclusion se dégage: Jésus représente une énigme psychologique... Les paradoxes psychologiques auxquelles nous conduit l'observation

IV. APELACIÓN Y PROVOCACIÓN A NUESTRA LIBERTAD

Pasamos ahora a preguntarnos en qué relación están la aportación que la historia y la fe hacen a la comprensión de Jesús, cómo se gestan cada una y si son compatibles o incompatibles entre sí.

1. *Los resultados de la investigación hecha al margen de la fe*

¿Cuáles han sido los resultados del intento de comprender a Jesús al margen del testimonio creyente del NT, rayando de sus escritos lo que se consideraba convicción de fe, y dejando solo lo que sería pura información histórica? Desde Reimarus en el siglo XVIII hasta Crossan en nuestros días ha sido un empeño denodado e incesante por saltar sobre la fe para llegar al nudo y desnudo Jesús, para encontrarle en su pureza primera, incontaminada todavía por la iglesia, por el dogma, o por el poder. Miles de libros se han escrito con esta intención. A. Schweitzer en su libro clásico *Historia de la investigación de la vida de Jesús* (1913) después de seguir con entusiasmo el curso de ese intento profirió su pregón fúnebre. Constató que cada uno de esos libros tenía una comprensión y marco interpretativo de fondo desde el cual se insertaban las palabras y los hechos de Jesús, se escogían unos y se descartaban otros, unos eran textos guías y otros mera secuela. El Jesús logrado por estos investigadores modernos era el retrato sucesivamente del hombre ideal dominante en cada generación; y así encontramos el retrato del profeta ideal, del ilustrado ideal, del socialista ideal, del republicano ideal, del revolucionario ideal que iba prevaleciendo en la conciencia de cada época. Ese Jesús no tenía trascendencia ni sobre la historia judía en la que surgía ni sobre la propia historia para la que era descrito. El

de Jésus durant sa vie publique sont impressionnants et ils attestent une liberté si simple et si entière qu' elle exclut les complexifications limitatives mais nécessaires chez l'homme» (A. Vergote, «Jésus de Nazareth sous le regard de la psychologie religieuse», en: A. Dondeyne y otros, *Jésus Christ, Fils de Dieu*, Bruxelles 1981, 115-146, la cita en 141). «La personne de Jésus reste une énigme et l'historien ne peut que constater les dons exceptionnels de ce lieder religieux, dont les traits lui échappent ou moment où il croyait les saisir... Le croyant, lui, contemple les traces laissées par l'homme de Nazareth dans l'histoire et les textes. Il parvient à la conclusion qu'il existe une clef à cette énigme. Ce clef, dit-il, c'est la foi». D. Marguerat, *L'homme qui venait de Nazaret. Ce qu'on peu aujourd'hui savoir de Jésus*, Aubonne 1995, 114-115; Ch. Perrot, «L'énigme néotestamentaire. Des figures de Jésus à sa particularité historique», *LV* 210(1992)17-26, la cita en 26; N.T. Wriht, *El desafío de Jesús*, Bilbao 2003.

quedaba como un anticipo ideal de nuestras mejores ilusiones³⁹. Y la segunda comprobación que hizo A. Schweitzer es esta: cada uno de esos intentos anulaba al anterior y se preparaba para ser anulado por el siguiente. Lo que se ofrecía era una imagen construida a la luz de la propia idea del escritor, y así quedaba solo sostenida por él y se agotaba en él. Cada una subrayaba un elemento real de su figura pero o bien lo elevaba a categoría única dominante o bien no lograba integrar otros aspectos que también están presentes en el Nuevo Testamento. Cada autor terminaba haciendo un canon dentro del canon bíblico y un canon dentro del credo cristiano. La convicción final es que no se puede escribir una vida de Jesús en el sentido de la historiografía moderna, porque las fuentes no nos lo hacen posible. Ellas están escritas sin intereses historiográficos, sin la indicación de sus fuentes, sin instaurar conexión causal entre los acontecimientos narrados y sin preocupación por la psicología de sus protagonistas. Del testimonio de fe que da alguien se puede deducir quién es en el momento en que habla, pero esas palabras no nos permiten deducir todo lo que ha hecho o sido en su vida anterior. El P. Lagrange talló la frase clásica: Sólo se puede escribir una vida de Jesús y esa ya está escrita: son los Evangelios⁴⁰.

2. Presupuestos de la historia crítica y de la confesión cristiana

¿Cuáles son los presupuestos de una historia crítica en el sentido del historicismo radical y cuales son los presupuestos de la comprensión cristiana? Todos accedemos a las cuestiones con una precomprensión y con unos prejuicios, que son insuperables pero que podemos reconocer críticamente para discernir a lo que ellos nos inclinan y o a lo que nos cierran el paso. Un historicismo radical parte de los siguientes presupuestos: 1) El horizonte del mundo verificable es el único horizonte de nuestra razón, que por consiguiente es constitutivamente una razón mundana. 2) Existe homogeneidad entre todos los fenómenos que encontramos en el mundo; todos ellos son de la misma naturaleza (*gleichartig*) y están en interacción recíproca entre ellos (*wechselwirkksam*), por lo cual todo fenómeno nuevo hay que explicarlo a la luz de lo anterior o de la circundante. 3) Duda me-

³⁹ Cf. B.Sesboüé, *Jésus Christ à l'image des hommes. Brève enquête sur les représentations de Jésus à travers l'histoire*, Paris 1997.

⁴⁰ «La única vida de Jesucristo que se puede escribir son sus Evangelios: el ideal está en hacerlos comprender lo mejor posible» (J.Lagrange, *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*, Barcelona 1942, 2).

tódica respecto de la tradición y de las formas en las que ella ha sido fijada. 4) Objetivación de los datos en el pasado y no aceptación de la pretensión que esos hechos puedan plantear a la vida personal. 5) El historiador no investiga el ser sino el devenir, no la esencia sino las funciones que las cosas, los hombres y las instituciones van teniendo en la historia. En cambio la comprensión cristiana parte de los siguientes presupuestos: que Dios es Señor y creador en una relación permanente con su creación y con los hombres; que el hombre está abierto a Dios y es manuducible por él hasta donde él quiera; que la revelación en la historia es posible y posible el milagro, no como negación de las leyes de la naturaleza sino como su cumplimiento más perfecto ya que la naturaleza es el medio del encuentro entre Dios y el hombre; que cuando el hombre acoge la revelación histórica de Dios se dilata hasta compartir su conciencia divina, su vida personal y su futuro absoluto. Estas dos posiciones en el punto de partida van a hacer posibles lecturas distintas de Jesús. Para quien Dios no existe o no puede entablar relación con el mundo, no tienen sentido trascendente los relatos del Nuevo Testamento, que aparecerán como ficciones o idealizaciones de la pura realidad humana, pobre y mortal, que es lo máximo y lo único que existe⁴¹.

3. *El surgimiento, la naturaleza y consecuencias de la fe en Jesús*

La cuestión suprema es por tanto cómo surge la fe, si tiene una mayor o menor legitimidad que la mera lectura historicista si son complementarias y entonces cómo se realiza esa complementariedad. La fe surge de la conjugación de dos factores: las acciones que Dios realizó en la historia con los profetas y con Jesús, que llegan por medio del anuncio y del testimonio, primero de quienes fueron los contemporáneos de Jesús y luego de quienes les sucedieron en el testimonio. La fe nos es posible llegando el anuncio desde fuera, nos es anterior, se recibe por el oído. Pero la fe a la vez que noticia exterior es iluminación interior que acompaña siempre al anuncio del

⁴¹ Ch.Perrot, *Jesús y la historia*, Madrid 1982, 231-256. (El nacimiento de la historia cristiana: el pan, la palabra y la historia). E. Troeltsch en su artículo clásico de 1900, reeditado en 1913, estableció la contraposición entre el método histórico, cuyos tres elementos esenciales serían: la crítica, la analogía y la correlación, y el método teológico, cuyos tres elementos esenciales serían la autoridad, el milagro y el dualismo. Así planteadas las cosas, la alternativa se torna inevitable. Su superación solo es posible esclareciendo estas cuestiones desde una teología, antropología y metafísica fundamentales. Cf. E.Troeltsch, *Histoire des religions et destin de la théologie*, Paris-Genève 1996, 39-62.

kerigma. *El evangelio notificado por fuera y el Espíritu Santo inspirando por dentro son las fuentes de la fe en cuanto don de Dios.* La segunda perspectiva de la fe es la disponibilidad del hombre que al ser así apelado desde fuera e invitado desde dentro ejercita su libertad respondiendo o rechazando. Hablamos de una llamada desde fuera, de unos hechos históricos, que no deben ser leídos como pruebas o argumentos en sentido estricto sino como signos. Y los signos invitan e incitan, dan que pensar y que hacer, provocan a la libertad, no la encadenan. La revelación cristiana acontece en el orden del signo, y en el cristianismo ese signo personal es el mismo Jesús con todo lo que le precede (*Entstehungsgeschichte*), con todo lo que le acompaña (*Wirklichkeitsgeschichte*) con todo lo que le sucede (*Wirkungsgeschichte*), es decir, Israel, su misma persona y la Iglesia⁴².

La fe es, por tanto, hecha posible por la gracia de Dios, en su doble forma de anuncio exterior y de iluminación interior. Ella y la libertad del hombre forman la fe. ¿Y cómo surge concretamente la fe en Jesús? Cuando alguien vive abierto a la seriedad y dignidad de la existencia y que por tanto ha superado la mera perduración vegetativa o zoológica en la trivialización cotidiana; cuando conoce los hechos evangélicos y la repercusión en la vida de los ya creyentes anteriores; cuando los descubre más allá de su mera facticidad como signos posibles de Dios; cuando se deja confrontar con lo que ellos implican; cuando actualiza las cuestiones fundamentales de la vida humana: el sentido, el futuro, el dolor, la salvación, el pecado, el prójimo, el amor, la muerte, la verdad, la responsabilidad, el logro o malogro posibles de todo, incluida la propia persona e historia; cuando todas esas cuestiones son agitadas en el propio corazón e intenta uno responderlas honestamente y existir a la altura de ellas con responsabilidad ante uno mismo, ante los demás y ante Dios: entonces se pone en un camino que implica atención, espera, oración, docilidad, confianza. En esa actitud la vida de Jesús se hace elocuente,

⁴² Concilio Vaticano I. *Constitución sobre la fe católica*. Caps. 3-4. DS 3008-3020. P.Henrici, "Apologética de la inmanencia", en *Sacramentum mundi*, Barcelona 1982, 1,373. "Un signo para ser eficaz debe ser una manifestación concreta, por tanto situada en el tiempo y en el espacio, inscrita en la historia de los hombres. Hay necesariamente una factualidad de los signos. La fe cristiana es esencialmente el reconocimiento del signo por excelencia que ha sido para ella Jesucristo, en su vida, en su muerte, en su resurrección. El es un signo, no en el sentido en el que lo es un símbolo, que no es nada más que una realidad intermedia, sino en un sentido radical: es el mismo, en su persona, manifestación del Dios invisible. Y por él mismo nosotros hemos aprendido que solamente por él tenemos acceso al mundo de Dios" (J.Ladrière, «Comment et pourquoi personnellement je crois?», *Revue Théologique de Louvain* 106 (2008) 248-260, la cita en 256.

ejemplar, normativa. *La fe es percibida entonces como real don de Dios y real conquista del hombre.* Y se comienza a oír la voz imperativa que llama al seguimiento. Entonces es la hora de la decisión. El acto mismo de fe es fruto de luz anterior y fuente de luz siguiente. En el mismo creer se descubre el fundamento de la fe a la vez que su objeto, igual que el sentido de la vida se descubre viviendo y la libertad nos aparece realmente posible cuando la ejercemos en el arrojo personal y en el riesgo social⁴³.

4. *La capacidad e igualdad de todos los hombres para poder creer*

Esa decisión nos es posible a todos, nos es propuesta a todos y no deriva de especiales capacidades intelectuales ni de una información propia de los profesionales de la historiografía. Para creer en Cristo todos estamos igualmente cualificados porque la decisión deriva del núcleo de la persona, determinada por su posición fundamental en la existencia, por la verdad y coraje moral tanto y más que por sus capacidades racionales. En la fe están implicados las primeras cuestiones y los últimos fines de la existencia y para descubrir aquellas y éstos todos estamos en principio igualmente cualificados. Aquí son decisivas la dignidad personal, la nobleza moral y la abertura a quien nos es más interior a nosotros que nosotros mismos: Dios. Kant concluye su *Crítica de la razón pura* afirmando que para las cuestiones metafísicas, es decir para el descubrimiento de los fines esenciales de la naturaleza humana, todos estamos igualmente dotados: “Pero, ¿exigís acaso que un conocimiento que afecta a todos los hombres rebese el entendimiento común y os sea revelado únicamente por los filósofos? Eso que censuráis es precisamente la mejor confirmación de que lo hasta aquí afirmado es correcto, ya que revela lo que antes no podía preverse, a saber que en relación con lo que interesa a todos los hombres por igual, no puede acusarse a la naturaleza de parcialidad en la distribución de sus dones. La más elevada filosofía no puede llegar más lejos, en lo que se refiere a los fines más esenciales

⁴³ Todos los grandes teólogos del siglo XX (Lubac, Congar, Rahner, Balthasar) han mostrado la inseparabilidad que existe entre la exposición del contenido objetivo de la fe y la mostración del fundamento subjetivo para creer, es decir la conexión entre teología fundamental y teología dogmática. La evidencia no es anterior ni exterior al objeto; es la luz misma que emana de él, lo mismo que una obra de arte no recibe su luz de la información que tengamos sobre ella sino de la luz propia que ella emite y a la que nosotros nos exponemos. Todo otro saber es meramente preparatorio o adveniente. Cf. H.Urs von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. 1 La percepción de la forma*, Madrid 1985.

de la vida humana, que la guía que esa misma naturaleza ha otorgado igualmente incluso al entendimiento más común”⁴⁴.

La guía del hombre a la verdad y a la fe es la misma en todos los hombres y se acompasa a las formas de cada tiempo y lugar. En la relación con Cristo no tienen prevalencia ni los historiadores ni los filósofos ni los teólogos, ya que la respuesta a él en la fe deriva de la capacidad constitutiva del hombre como imagen de Dios para conocerle como existente y para reconocer sus gestas reveladoras en la historia. Los hombres somos iguales en nuestra naturaleza, iguales ante los demás e iguales ante Dios. La fe es así fruto de una predilección del hombre y quien ha llegado a ella sabe que sin embargo ella es una gracia, fruto de una llamada y tracción divina, que excede toda posibilidad de conquista o raptó. Es un don de Dios a la vez que es una posibilidad humana actualizada. El creyente se asombra más de su propia fe que de la incredulidad del prójimo⁴⁵.

5. *Qué pueden esperar la una de la otra: la historia crítica y la confesión cristiana*

¿Cual es, por consiguiente la relación entre historia y fe? ¿Qué puede esperar la una de la otra? Ante todo deben respetarse una a la otra ya que cada una en su campo tiene autonomía: la historia ve a Jesús en su facticidad desnuda, la fe ve reconoce en ese mismo Jesús al revelador de Dios y redentor del hombre. El objeto material es el mismo, en cambio el aspecto bajo el que se le ve o el objeto formal es distinto en cada una de ellas. ¿Qué puede y qué no puede esperar la fe de la historia? La persona de Jesús es un hecho y el cristianismo es un hecho: uno y otro no son un mito, una idea pensada, una propuesta moral, una utopía. Asegurar ese enraizamiento en el espesor verificable de la historia es el primer deber. El historiador tiene como misión verificar los hechos, situarlos en su contexto, interpretarlos desde las coordenadas de aquel tiempo. La trama humana de la historia de Jesús debe ser reconocida en cada época para fijar la fe en el sujeto real que vivió, actuó, murió y resucitó. La fe de la iglesia no habla de otro sujeto distinto del que provenía de Nazaret y murió en Jerusalén, sino de ese mismo y único. Todo lo que rozó su vida y todo lo que su vida rozó es sagrado y debe ser conocido.

⁴⁴ A 831-B 859 (Madrid: Alfaguara 1993)646.

⁴⁵ Mt 16,17; Jn 6,44; 4,10.

El historiador de Jesús, una vez levantado el plano de la realidad e historia común en los primeros decenios de nuestra era, tiene que comenzar la verdadera tarea: intentar desvelar lo específico de Jesús, lo que le hace fraterno a la vez que le distancia de sus contemporáneos, lo que le permite comprender por qué ha sido para los hombres lo que ha sido y sigue siendo hasta hoy. Con los mismos elementos religiosos y culturales el esenismo no perduró, y Juan Bautista o el Maestro de justicia no rompieron los límites de su historia y si hoy los recordamos es por su posible relación con Jesús. No basta por tanto acumular inmensidad de datos históricos, sociales, políticos, económicos y religiosos para saber quien es Jesús; todos ellos nos dicen lo común a todo judío de aquel momento, pero por sí solos no nos revelan lo que buscamos: por qué Jesús ha sido el que ha sido reconocido hasta ahora y si puede seguir siendo reconocido por nosotros como tal hoy, desde nuestra peculiar situación cultural, social y religiosa. La fe puede esperar también del historiador que muestre la coherencia, convergencia o contradicción entre el sujeto histórico Jesús y las afirmaciones que la fe hace sobre él. Digo contradicción entre los hechos históricos que ella afirma y los hechos históricos tal como el historiador los conoce, porque éste en cuanto historiador no es competente para juzgar los predicados teológicos que la fe otorga a Jesús. En cambio no puede esperar que la historia alivie el peso y riesgo de creer. El historiador no puede demostrar la acción de Dios en Jesús, su divinidad, su resurrección porque son realidades que exceden la mera verificación. No puede afirmarlas ni negarlas. La fe puede esperar del historiador que muestre indicios, huellas, signos que orientan en la dirección en la que luego avanzó la fe; nada más⁴⁶.

⁴⁶ Es la tarea llevada a cabo durante la “segunda búsqueda” de Jesús por Käsemann, Bornkamm y su generación con la llamada “cristología implícita”. Se trataba de descubrir e interpretar no tanto las palabras que el evangelio pone en boca de Jesús cuanto el conjunto de sus gestos, acciones y comportamientos permanentes, que revelaban una autoridad, libertad, soberanía y pretensión divina, que excedían todos los modelos humanos de autoridad. Ella sería una especie de ejercitación anticipada de la autoridad e identidad de Jesús manifestada en la resurrección. La cristología explícita de la Iglesia sería así la prolongación y articulación coherente de aquella pretensión de Jesús. De esta forma se articulaba la relación entre el Jesús predicador y el Cristo predicado, entre historia y confesión de fe, entre evangelio y dogma. El creyente no puede renunciar a establecer una continuidad entre la fase prepascual y la fase pascual de Jesús. El Resucitado es el mismo que el predicador del Reino, aun cuando no sea lo mismo. La resurrección es innovación de realidad por Dios en el mismo Jesús. La Iglesia reconoce la identidad entre las dos fases en la vida de Jesús, a la vez que reconoce cómo esa novedad de realidad de Jesús repercutió sobre los apóstoles

A la fe no se llega primariamente por la ciencia si no por la voluntad de verdad y el amor. La verdad histórica nace de la demostración de hechos; la fe nace del conocimiento de esos hechos y del testimonio sobre su sentido e intencionalidad, acogidos como palabra de Dios, que estando presente en la historia no es un nunca verificable como un trozo de ella, sino que la trasciende a la vez que se manifiesta en ella. A su vez, ¿qué puede ofrecer la fe al historiador? Una interpretación total de la vida de Jesús desde su final y desde la experiencia que la iglesia ha hecho viviendo ante él a lo largo de la historia. Esa interpretación engloba todos los hechos en un único horizonte de sentido: la presencia de Dios y el destino salvífico del hombre. ¿No adquieren entonces todos los datos que integra la historia de Jesús más luz cuando son situados en ese horizonte? ¿No se hace más comprensible esa historia, si Dios es tal como le confiesa el NT y después de él la Iglesia? ¿No aparece con más luz la propia existencia personal hoy? La fe es por su propia naturaleza luz y por ello se convierte en principio de conocimiento. “La decisión de la fe tiene relevancia teológico-científica, pues la fe incluye también conocimiento”⁴⁷.

La fe, con su larga experiencia histórica puede servirle al historiador de faro y de dique, al hacerle consciente de los presupuestos ideológicos implícitos en ciertas conclusiones históricas y en ciertas imágenes que se elaboran sobre Jesús. La fe no recae ni se ejerce sobre esas imágenes sino que se dirige a la realidad personal de Cristo actualizada en los signos sacramentales, en el testimonio comunitario y normativo de los creyentes. Es a la persona a la que tiende y en la que se para; en ella, que la excede y trasciende y que no se deja traducir por ninguna imagen humana, aun cuando estas nos sean necesarias para el camino⁴⁸.

En cuestiones de último sentido como es la identificación y respuesta a Jesús no hay neutralidad posible, aun dentro de un decidido propósito de honestidad intelectual. La historia no es por sí sola fuente de verdad última ni se legitima por sí misma, ni fuerza con sus datos en una dirección final. Hay una circularidad interpretativa

tansformándolos, ya que un nuevo orden de ser requiere un nuevo órgano de conocimiento. Por eso fe y resurrección son correlativas. La resurrección es perceptible en la fe y la fe se sustenta en la resurrección.

⁴⁷ H.Schlier, *Der Geist und die Kirche*, Freiburg 1980, 26.

⁴⁸ “Actus autem credentis non terminatur ad enuntiabile sed ad rem: non enim formamus enuntiabilia nisi ut per ea de rebus cognitionem habeamus, sicut in scientia ita in fide”. Santo Tomás 2-2 q 1 a2 ad 2; y id a 3 sed contra: “Fides est quaedam virtus perficiens intellectum”.

entre los datos positivos del historiador y el marco de interpretación del teólogo: son independientes pero pueden ser colaboradores. En cualquier caso es necesario ser consciente de esa interacción entre presupuestos generales y datos particulares. “Es un hecho que, porque se tiene una cierta idea de lo que ha sido Jesús, se privilegiará unos datos y se eliminará otros. De igual manera porque nos hacemos una cierta idea de la conciencia que ha tenido de su identidad y de su misión, daremos o no daremos crédito a tal *logion* o a tal milagro, etc relatados por los evangelios. Precisamente porque nos hacemos una cierta idea de la humanidad de Jesús rechazaremos los milagros que algunos apócrifos le atribuyen durante su infancia. En lugar de prohibirnos tener una precomprensión cristológica, vale más saber que tenemos una y utilizarla conscientemente según las reglas de todo procedimiento crítico”⁴⁹.

La fe y la historia son dos ejercitaciones independientes, que pueden subsistir cada una por sí sola, pero que pueden colaborar con su aportación la una a la otra. Porque el hombre que cree y el que piensa es uno y el mismo. Puede pensar sin creer, pero no puede creer sin oír, sin pensar, sin saber, sin poner en juego y en riesgo su libertad ante los desafíos interiores de la existencia, sin mirar a la mejor historia anterior, sin responder, con una decisión que arrastra consigo una vida moral a la suprema historia salvífica, la que fue al mismo tiempo historia de hombres e historia de Dios. El historiador habla siempre en pasado: del Jesús que existió, que era en aquel tiempo; el creyente, en cambio, habla del Jesús que es, que vive en este tiempo y al que reconoce en identidad con el que vivió en aquel tiempo. La historia dice quien era el que vivió y murió; la fe dice quien es el que resucitó y que, partícipe de la vida de Dios, y es contemporáneo de todos los hombres, de cada hombre. Cada uno ya puede decir con Pablo: “Me amó y se entregó por mí”⁵⁰.

REFLEXIÓN FINAL: LA FASCINACIÓN, LA PARADOJA, EL ESCÁNDALO DE JESÚS

Jesús es la persona más recordada en la historia humana; junto con Buda es la más representada en el arte y a la vez que Sócrates es el más propuesto como ideal de realización humana. Lo específico de

⁴⁹ J.N.Aletti, «Exégète et théologien face aux recherches historiques sur Jésus», *RSR* 87/3 (1999) 423-444, la cita en 440-441.

⁵⁰ Gal 2,20.

Jesús no es sólo su doctrina y su comportamiento moral sino también y sobre todo la excelencia humana de su propia persona: su libertad, su autoridad, su simplicidad de mirada, su atención a los hombres, su claridad respecto del propio destino, su relación con Dios. En un sentido para casi todas sus sentencias, incluidas sus oraciones y la fórmula ABBA, pueden encontrarse antecedentes en la literatura rabínica anterior, en la tradición profética, sapiencial y apocalíptica, y sin embargo todo en él adquiere novedad. Su posición personal en la existencia lo convirtió en una alternativa al judaísmo total, y ésa fue la razón real de su condenación a muerte, transpuesta en un segundo momento como acusación de insurgencia política⁵¹.

La fascinación que ejerce deriva de la transparencia de su persona, de la fidelidad a una misión, de la obediencia y entrega a la voluntad del Padre. Sin embargo la razón última queda más profunda: ésta es la proposición que hizo de sí mismo como revelador del ser mismo de Dios, con la vida antes que con las palabras. Dios con los hombres y no contra ellos; por ellos y no sobre ellos; amor antes que exigencia, solidaridad antes que obediencia. Un Dios que en la lógica de la alianza hace el camino con el hombre hasta la muerte. En ese enfrentamiento con la muerte, como expresión suprema de lo que niega al hombre, reside la fascinación de Cristo. “En la profundidad de la realidad revelada en la Cruz, el cristianismo fue único” (Evelyn Underhill). La revolución de Jesús deriva de su revelación de Dios en el extremo de lo que el hombre tiene como su frontera anegadora: la muerte. Al compartir la muerte y manifestar la resurrección, Jesús ha creado un horizonte nuevo a la existencia. Al otorgar su Espíritu y suscitar una comunidad, en la que él se hace presente y se entrega, ha creado hombres nuevos, redimidos y esperanzados. *Y eso es ya vida eterna, es decir salvación*. Esa es la paradoja de Jesús: que en él estaba Dios acercándose absolutamente al mundo, es decir reconciliándolo consigo. Paradoja de que nuestra historia de mortales fuera la historia del Dios eterno. Paradoja y escándalo de que en la forma más ignominiosa de muerte estuviera germinando la forma suprema de vida: la que el hombre puede tener en común con Dios. El destino del hombre es ya el destino de Dios desde que él en la muerte y resurrección de Cristo compartió el nuestro para hacernos partícipe del suyo. Esa compartición de naturaleza y destino se inicia con la

⁵¹ Ese reto de Jesús a las bases mismas de la fe judía hace inteligible su condenación de entonces y el rechazo de los judíos confesantes hasta hoy. Cf. J. Neusner, *A Rabbi talks with Jesús*, Montreal-London 2001 = *Un rabino habla con Jesús*, Madrid 2008.

encarnación de Cristo y se consumará cuando la historia de todos y cada uno de los humanos esté consumada.

La historia puede leer los hechos, la fe se adentra en lo que los anima y dirige. Cada generación está ante la tarea renovada de recordar y conocer esos hechos, para evitar que la fe quede a merced del poder, de la magia y de las ideologías, a la vez que está ante la tarea de redescubrir el don de Dios en Cristo y de reafirmar la fe como fruto de gracia divina y acto de la libertad humana. Fe e historia viven en solidaridad ya que ambas se refieren al mismo sujeto: Jesús, aun cuando cada una de ellas se refiera a él con un método y órgano propios de conocimiento. El historiador sigue y expone el camino de los hombres hacia Dios; el teólogo, en la luz de la fe conjugada con la luz de la historia, muestra el camino que Dios ha hecho hasta llegar a los hombres y al hombre tal cómo él se reconoce al ser acogido y recreado Dios. En Jesús encontramos hechos esos dos caminos: en su fase prepascual la revelación va del hombre a Dios y en su fase postpascual la revelación va de Dios al hombre⁵².

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

RESUMEN

A partir del siglo XVIII se ha dado una contraposición entre el acceso creyente y el acceso crítico a Jesús. A comienzos del siglo XX, E. Troeltsch teorizó la relación entre método histórico y método dogmático. La contraposición entre fe e historia no sólo es mortal para ambas sino que es objetivamente imposible. En una cuestión como la de Jesús van implicadas, como desafío, las grandes cuestiones de la vida humana: Dios, el hombre, el sentido de la historia, el futuro, la vida, la muerte. No es posible el historicismo que separa estas cuestiones, porque de la respuesta que dé a ellas dependerá la credibilidad posible o imposible que otorgará a ciertas afirma-

⁵² B.Sesboué, *Pédagogie du Christ. Éléments de christologie fondamentale*, Paris 1994, 9.

ciones del NT. Aquí intentamos identificar a la vez que destrenzar esas cuestiones de fondo para superar toda ingenuidad crítica y toda pretensión fundamentalista. Para ello se distinguen tres cristologías: histórica, filosófica, teológica, mostrando la legitimidad, la diferencia y la convergencia posible entre ellas.

SUMMARY

From the XVIII Century onwards there has been a conflict between the believer's and the critic's approach to Jesus. At the beginning of the XX Century, E. Troeltsch theorized the relationship between the historical and dogmatic method. The conflict between faith and history is not only damaging for both but it is also objectively impossible. Underlying the question about Jesus are the great questions which concern humanity: God, man, the meaning of history, the future, life and death. The historicism which separates these questions is not possible because the way in which it answers the great questions, depends on the depth of credibility which it assigns to some affirmations contained in the New Testament. Here we try to identify and untangle these questions in order to avoid any kind senseless criticism and or extreme fundamentalism. To carry this out three different kinds of Christology are needed: historical, philosophical and theological. By means of these, we will show not only the legitimacy of each one, but also the points on which they agree and disagree.